

Para agradecer a Mario Vargas Llosa

Abilio Estévez

*...encerrar en un libro todo un mundo
de por sí ilimitado, aprisionar algo que no
tiene principio ni fin.*

*«Paradiso: una summa poética,
una tentativa imposible».*

M.V.L.L.

Aunque no puedo recordar bien el año, estoy seguro de que fue después de 1970. De lo contrario ¿por qué el sigilo con que mi profesora de literatura me habló de Mario Vargas Llosa? ¿Por qué me llamó aparte y me prestó aquel libro como si me entregara un objeto sagrado y maldito? ¿Por qué me pidió que a nadie hablara de la novela cuya portada, de la Biblioteca Breve de Seix Barral, había sido camuflada con el revestimiento de un papel de periódico? Sí, con toda seguridad ya en La Habana había tenido lugar el famoso Caso Padilla. Sólo que yo entonces nada sabía de Heberto Padilla, ni de *Fuera del juego*, ni de sus palabras en la UNEAC, sospechosamente autoinculpatorias; tampoco sabía de la carta firmada por muchos intelectuales condenando este hecho. Si voy a ser justo, menos aún conocía de los juicios de Stalin, de los suicidios de Maiakovski o de Essenin, ni de la ejecución de Babel. Cuanto alcanzaba a saber del conflicto entre el escritor y la política podía resumirse a lo que había dado en clases: a la huida de José María Heredia a Estados Unidos en 1823, al fusilamiento de Juan Clemente Zenea cuarenta y ocho años más tarde y al exilio permanente y al temprano suicidio, encubierto en el combate, de José Martí. O sea, asunto de tiempos bárbaros, puro siglo XIX para mí. Yo era un ingenuo estudiante de preuniversitario. Como el resto de mis compatriotas, era víctima de la política y de los demonios

de la historia, sin que me percatara bien del modo en que ésta nos iba destruyendo. Leía mucho, quería ser escritor; a tal propósito le concedía el candor y el brillo aventurero con que imaginaba la vida literaria. Tenía dieciséis años: escribir aún no enunciaba una manifiesta inconformidad, un explícito decir no; todavía no estaba claro que fuera subversión, vivir en los márgenes, y, sobre todo, bordear el peligro. Leía sin orden y sin descanso, a cualquier hora, en cualquier rincón, lo mismo a Salgari y el *Tesoro de la Juventud*, que a Balzac, Dickens, Poe, Víctor Hugo (este último, una pasión compartida con mi madre). De los escritores latinoamericanos, había disfrutado, con mayor o menor intensidad, a algunos pocos de los que nos habían dado en clases: Sarmiento, Mariano Azuela, José Eustasio Rivera, Jorge Icaza, así como los cuentos agresivos de Horacio Quiroga. Recuerdo lo divertido que nos resultó Rómulo Gallegos, porque para su explicación nos pasaron en el instituto la famosa película de María Félix. No sabía, por tanto, a lo que me enfrentaba con aquel préstamo secreto de mi profesora de literatura. Me pidió que leyera rápido las trecientas y tantas páginas de *La ciudad y los perros*, y que le devolviera el libro sin que nadie se percatara. Resultó innecesaria, no obstante, la petición de presteza. En cuanto pude acomodarme a aquel mundo nuevo, el del colegio militar Leoncio Prado, a la violencia del mundo de los jóvenes cadetes, al Jaguar, al Poeta, al capitán Garrido o al teniente Gamboa, ya no pude dejar de leer. Como me había sucedido poco antes con *Papá Goriot*, también *La ciudad y los perros* fue lectura de dos días, de un fin de semana, sin dejar el libro salvo para descansar un poco los ojos. Para mí la prueba (ingenua, adolescentaria) de que un libro me había impresionado. Puedo asegurar, sin temor a equivocarme, de que fue éste mi primer encuentro con la nueva gran literatura latinoamericana. Aun sin haberlo podido enunciar con claridad, quizá intuitivamente, fui capaz de advertir la enorme distancia que podía existir entre una novela indigenista, una novela de la tierra, el maniqueísmo de muchas novelas de las llamadas de «denuncia» y la terrible, ambigua, dolorosa violencia de *La ciudad y los perros*, donde existía denuncia, en efecto, aunque «por añadidura», en medio de un misterio aún más grande y de múltiples resonancias, a partir de algo que estaba por encima del primitivo deseo de condena, una búsqueda superior que os-

curamente debo haber intuido como La Literatura. Creí entender que algo de mi propia experiencia habanera explicaba aquel libro sobre encierros y disciplinas militares. Después de ese aprendizaje, comencé a visitar cada tarde la Biblioteca Nacional. Allí leí, en largas jornadas, y con mayor admiración si cabe, *La casa verde*. También la *Historia secreta de una novela*, un librito pequeño de Tusquets Editores. En las salas largas, silenciosas y frescas, que olían a libros viejos, y gracias sobre todo a la áspera geografía de Piura y de Santa María de Nieva, comenzaron a abrirse puertas que conducían, por caminos desconocidos para mí, hacia regiones extrañas y magníficas, de «tentativas imposibles», esas «empresas destinadas al fracaso de no alcanzar el propósito que las forjó –pues el propósito era deliberadamente inalcanzable–...», como escribió el propio Vargas Llosa en su ensayo sobre *Paradiso*. Comenzó el tiempo de un mágico batallar, de un desbrozar el trayecto hacia otras regiones *Pedro Páramo*, *Gran Sertón: Veredas*, *El obsceno pájaro de la noche*, *Terra Nostra*, *Cien años de soledad*, *El astillero*, *Las armas secretas*, *La carne de René*, *Tres tristes tigres*, *El reino de este mundo*, *Yo, el supremo*, *Paradiso*... Y de esas gozosas batallas a otras no menos gozosas, hasta alcanzar el condado de Yoknapatawpha, los caminos que bordeaban *chez Swan*, para de ahí regresar a un bar llamado La Catedral, a Tacna, al Santo Domingo de Trujillo. Camino singular, algo escabroso y complicado, lo reconozco. Creo justo reconocer que no todos los caminos siguen la misma estructura, y que cada cual rastrea el azaroso rastro que puede, y que al fin y al cabo todos los caminos conducen, si uno está dispuesto, a la misma montaña mágica. A principios de los ochenta, mi amiga Olga Andreu me prestó su ejemplar de *La guerra del fin del mundo*, acabada de salir en España. Según alcanzo a recordar, era un regalo enviado por Cabrera Infante desde Londres. Estábamos de vacaciones, en Guanabo. La adversidad nos dejaba un respiro. Aún se escuchaban los ecos de los pistoletazos en el concierto; faltaban años para otros pistoletazos: el suicidio de Olga, por ejemplo, y muchos más años para la estampida que nos desperdigó por el mundo. Supongo que al borde del mar, me dejé seducir por la guerra de Canudos y aquella tropa de personajes maravillosos que encabezaba el fanático Antonio Conselheiro. Una vez más el novelista peruano daba una

gratificante lección: intentar lo imposible. Y también lograr lo imposible. Años después, una noche de Princeton, en casa del amigo Peter Johnson, cené con el matrimonio Vargas Llosa. No fui capaz entonces de agradecer, de decirle cuánto bienestar y cuánta fe le debía. Una de las máscaras de la timidez, ya se sabe, se parece a la rudeza. Quizá el momento sea este domingo de Barcelona en el que estoy a solas. Para nosotros, los latinoamericanos, es una suerte extraordinaria que haya escritores como Vargas Llosa. No sólo por sus libros, que ya sería más que suficiente, sino por su escrupulosa postura a favor de la libertad y la dignidad de la persona. ©